

EL PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD

La solidaridad.

«Sobre la base firme de esta dignidad común a todos, la doctrina social de la Iglesia recuerda que la solidaridad es una exigencia prioritaria del amor y de la justicia. El hombre no puede encerrarse en su egoísmo, de espaldas a las necesidades de los demás o a los requerimientos de la sociedad, como enseña la reciente Instrucción sobre libertad cristiana y liberación; en efecto, la doctrina social de la Iglesia se opone a todas las formas de individualismo social o político» (núm. 73).

«La fe verdadera hace presente, en toda su urgencia y dramatismo, las exigencias del amor y de la justicia, como reconocimiento del derecho de la persona humana a ser más persona, a crecer individual y colectivamente en dignidad».

JUAN PABLO II: Discurso a los habitantes de los barrios en el parque «El Tunal» (Colombia), jueves 3 de julio. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 28 (915), domingo 13 de julio de 1986.

El principio de solidaridad radica simultáneamente en la personalidad y la sociabilidad del hombre.

«El principio de la solidaridad, radicado simultáneamente en la persona y en la sociabilidad del hombre, indica un lazo de unión y un deber recíprocos, que encuentra en la fe cristiana motivaciones particularmente profundas.

«Ante todo, el ejemplo de Cristo es el que manifiesta la forma de solidaridad más sublime. El se ha hecho solidario con todos los hombres, incluso con el más miserable, hasta la muerte en cruz, para salvarlos a todos. De su sacrificio redentor ha brotado una humanidad "creada de nuevo" (cf. encíclica *Redemptor hominis*, 10), en la cual la unidad es tan profunda que "no hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús" (Gál 3, 28). En este misterio de unidad nosotros podemos entrever la grandeza, la dignidad, el valor, pero también la urgencia de una verdadera solidaridad entre todos los hombres. El cristiano debe anunciar al mundo este mensaje de forma cada vez más creíble.

»Amadísimos: Que el ejemplo de Cristo os estimule, pues, a "mirar las nuevas instancias sociales con el alma abierta a una auténtica solidaridad, claramente motivada por la caridad».

JUAN PABLO II: Discurso a los Movimientos Cristianos de Trabajadores y a representantes de la Acción Católica Italiana. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XIX, núm. 4 (1983), domingo 25 de enero de 1987.

Solidaridad y fraternidad.

»Al hablar de fraternidad, pienso en el sentido profundo de "este término. Pues es Cristo, "el primogénito de muchos hermanos" (Rom 8, 29), quien nos hace descubrir en toda persona humana, amiga o enemiga, a un hermano o a una hermana. "Cristo, al venir "al mundo, no para condenarlo, sino para salvarlo" (cf. In 3, 17), llama a todos los hombres a la unidad. El "Espíritu de amor que da al mundo es también un Espíritu de "unidad: San Pablo nos muestra al mismo Espíritu que dispensa "dones diversos, que obra en los distintos miembros del mismo "cuerpo: Hay "diversidad de dones (...) pero un mismo Dios, "que obra todo en todos" (1 Cor 12, 4-6).

»Si ya de entrada evoco el fundamento espiritual de la fraternidad, es porque este sentido cristiano no es extraño a la "primera realidad humana que encierran estos términos. La Iglesia no considera la fraternidad ni la solidaridad como valores "reservados a ella. Al contrario, siempre nos acordamos del modo "en que Jesús alabó más al buen Samaritano, que reconoció en "el hombre herido a un hermano, que al sacerdote y al levita "(cf. Lc 10, 29-37). También el Apóstol Pablo invita a no despreciar los dones de los otros, sino a alegrarse de la obra del "Espíritu en cada uno de nuestros hermanos (cf. 1 Cor 12, 14-30).

»La fraternidad y la solidaridad son fundamentales y urgentes, y hoy deberían ser el distintivo de los pueblos y las culturas.

»Para que pueda haber una fraternidad y una solidaridad humanas, y, con más motivo, para que se profundice su dimensión cristiana, hay que reconocer los valores elementales que "las sustentan. Permitidme que haga referencia aquí a algunos "de ellos: El respeto al otro, el sentido de diálogo, la justicia, "la ética sana de la vida personal y comunitaria, la libertad, la "igualdad, la paz en la unidad, la promoción de la dignidad de

*"la persona humana, la capacidad de participación y de compar-
"tir. La fraternidad y la solidaridad superan todo espíritu de clan,
"de capillita, todo nacionalismo, todo racismo, todo abuso de
"poder, todo fanatismo individual, cultural o religioso».*

JUAN PABLO II: Mensaje para la XXII Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XX, núm. 6 (1997), domingo 7 de febrero de 1988.

La solidaridad humana, su cualidad especial y su espíritu.

*«Los proyectos que potencian el bien de la humanidad o la
"buena voluntad entre los pueblos constituyen un paso adelante
"en la puesta en práctica de dicha solidaridad. Los lazos de sim-
"patía y de caridad que nos impulsan a ayudar a cuantos sufren
"nos llevan, por un camino diverso, a lo anterior. Pero el ur-
"gente desafío que se nos presenta lo constituye la necesidad de
"adoptar una actitud de solidaridad social con toda la familia
"humana y con tal actitud enfrentarnos a todas las situaciones
"sociales y políticas.
"»*

*«Si la cualidad esencial de la solidaridad es la igualdad ra-
"dical entre todos los seres humanos, toda política que esté en
"contradicción con la dignidad fundamental y con los derechos
"humanos de la persona o de un grupo de personas ha de ser
"rechazada. Por el contrario, han de ser potenciadas las políticas
"y los programas que instauran relaciones abiertas y honestas en-
"tre los pueblos, que forjan alianzas justas, que unen a las na-
"ciones con honorables lazos de cooperación. Tales iniciativas no
"ignoran las diferencias reales lingüísticas, raciales, religiosas, so-
"ciales y culturales: tampoco ignoran las grandes dificultades que
"existen para superar inveteradas divisiones e injusticias. Pero
"ponen en primer plano los elementos que unen, por pequeños
"que puedan parecer.»*

*«Este espíritu de solidaridad es un espíritu abierto al diálo-
"go: que hunde sus raíces en la verdad y que tiene necesidad de
"la misma para desarrollarse. Es un espíritu que busca construir
"y no destruir, unir y no dividir. Dado que la solidaridad es una
"aspiración universal, ella puede adoptar muchas formas. Acuer-
"dos regionales para promover el bien común y alentar negocia-
"ciones bilaterales pueden servir para hacer disminuir las tensio-
"nes. El intercambio de tecnologías y de información para pre-
"venir desastres, o para mejorar la calidad de vida en un área*

"determinada, contribuirá a la solidaridad y facilitará medidas a un más amplio nivel».

JUAN PABLO II: Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz que tendrá lugar el 1 de enero de 1987. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 51 (938), domingo 21 de diciembre de 1986.

El amor fuente de la precisa solidaridad en las organizaciones humanas.

«Sois conscientes de que la solidaridad constituye un anuncio muy actual en las palabras de Cristo: "Este es mi precepto, que os améis unos a otros, como yo os he amado" (Jn 15, 12).

»De hecho, todo hombre recibe incesantemente ayuda de personas vecinas y lejanas. Se beneficia de los bienes materiales, morales, culturales y religiosos, producidos por enteras generaciones. Todo hombre vive del trabajo, del esfuerzo, del ardor y del sacrificio de muchos de sus semejantes. Se aprovecha de su solidaridad. Por lo tanto, es justo que, a su vez, ofrezca a los demás su propia solidaridad. Esto vale concretamente en este nuestro tiempo, en el que todo trabajo se desarrolla dentro de una red muy compacta de interdependencias que condicionan en muchas partes su posibilidad y desarrollo. Este hecho refuerza la exigencia, cada vez más clara y consciente, de entender el trabajo como un momento singular de participación amplia y generosa; en una palabra: de constructiva solidaridad.

»Es menester actuar de forma que las personas presentes en cada una de las organizaciones humanas puedan cooperar, cada vez más responsablemente, a la consecución de los bienes que todos piden y desean. Esto supone la implicación de las facultades espirituales, además de las aptitudes técnicas de las personas, con el fin de realizar el acuerdo necesario para conseguir los intereses comunes. Tal acuerdo no será posible si cada uno no se esfuerza en abrirse a la consideración objetiva del bien de los demás, más allá del propio. Precisamente en esto consiste la solidaridad, que se manifiesta por tanto como una expresión fundamental de la sociabilidad inmanente de la naturaleza humana y como una dimensión singularmente significativa del amor cristianos. En esta dimensión todo hombre puede reconocerse prójimo de los otros hombres. La solidaridad ofrece la ocasión sublime para comunicarse uno mismo a los demás en actitud

"pacífica y constructiva; permite establecer relaciones coordina-
"das y estables, correspondientes a las necesidades reales de las
"personas y de las comunidades; además, ayuda a superar aque-
"llas condiciones de soledad y de aislamiento que frecuentemen-
"te desembocan en la incomunicabilidad y en la alienación. Ade-
"más, en la solidaridad, el hombre tiende a comunicar a su her-
"mano sus convicciones acerca del sentido profundo del vivir y
"del actuar, en la perspectiva de la plena realización del desti-
"no trascendente de todo ser humano. Es obvio que tal apoyo es
"hoy más urgente que nunca, precisamente porque la creciente
"automatización del progreso productivo tiende a reducir la in-
"tervención material del hombre y corre el peligro también de
"desvalorizar su mismo significado espiritual, haciendo marginal
"y reiterativa la actividad del sujeto. Es necesario, pues, que el
"trabajo sea sostenido y orientado por una fuerte motivación es-
"piritual, la cual a su vez podrá ser transmitida y fomentada, tan-
"to mejor, cuanto más vivo y auténtico sea el clima de solidari-
"dad que se respire en el ambiente de trabajo».

JUAN PABLO II: Discurso a los Movimientos
Cristianos de Trabajadores y a representantes
de la Acción Católica Italiana. *L'Osservatore
Romano*, edición semanal en lengua española,
año XIX, núm. 4 (943), domingo 25 de enero
de 1987. *

**La aceptación del hecho de que todos somos hermanos, y
hermanos en el seno de la humanidad base de solidaridad
de toda la familia humana.**

«Reconocer la solidaridad social de la familia humana com-
"porta la responsabilidad de construir sobre aquello que nos une.
"Esto significa promover eficazmente y sin excepción alguna la
"igual dignidad de todos los seres humanos dotados de determi-
"nados derechos fundamentales e inalienables. Esto afecta a to-
"dos los aspectos de nuestra vida individual, así como a nuestra
"vida en la familia, en la comunidad en que vivimos y en el
"mundo. Una vez aceptado el hecho de que todos somos herma-
"nos y hermanas en el seno de la humanidad, podremos, consi-
"guientemente, modelar nuestras actitudes en la vida en la pers-
"pectiva de la solidaridad que a todos nos hace una sola cosa.
"»

»El espíritu humano puede y debe responder con gran gene-
"rosidad a los sufrimientos del prójimo. En esta respuesta pode-

»mos descubrir una creciente puesta en práctica de la solidaridad social que, de palabra y de hecho, proclama que todos somos una sola cosa; que debemos reconocernos como tales y que esto es un elemento esencial para el bien común de los individuos y de las naciones».

JUAN PABLO II: Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz que tendrá lugar el 1 de enero de 1987. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 51 (938), domingo 21 de diciembre de 1986.

La reconciliación y la solidaridad para la reinstauración de la sociedad.

»La reconciliación no es un signo de debilidad o de cobardía, no significa que se deba renunciar a la justicia exigida y ejercida en las formas queridas; sino que es ante todo y sobre todo un encuentro entre hermanos dispuestos a superar la tentación del egoísmo y la sed de venganza; la reconciliación es el fruto de sentimientos fuertes, nobles y generosos que pueden contribuir a establecer una convivencia fundada en el respeto de cada individuo y de los valores propios de una sociedad civilizada.

»Es preciso instaurar este tipo de sociedad, con el consenso popular y la más amplia participación de los ciudadanos en las decisiones vitales, con espíritu de solidaridad fraterna.

»Deseo vivamente que se preste atención, y de manera efectiva, a las legítimas demandas de la población, particularmente en lo que concierne a las reformas sociales más urgentes, la mejora de las condiciones de vida y una correcta administración de la justicia, de suerte que se favorezca un despertar general de la confianza en las instituciones».

JUAN PABLO II: Mensaje al Episcopado de Haití el 15 de noviembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 51 (938), domingo 21 de diciembre de 1986.

Solidaridad y participación.

«Esta nación [Polonia], a través de toda su historia, incluso a través de sus experiencias tristes, está demasiado acostumbrada a lo que el Concilio llama "participación", que se une con la "solidaridad" tan apropiadamente descubierta en el Báltico.

»El propio Verbo Encarnado quiso participar de la vida social humana... Reveló el amor del Padre y la excelsa vocación del hombre evocando las relaciones más comunes de la vida social... En su predicación mandó claramente a los hijos de Dios que se trataran como hermanos. Pidió en su oración que todos los discípulos fuesen "uno"... Y ordenó a los Apóstoles predicar a todas las gentes la Buena Nueva, para que la humanidad se hiciera familia de Dios, en la que la plenitud de la ley sea el amor... Constituye, con el don de su Espíritu, una nueva comunidad fraterna... en su Cuerpo, que es la Iglesia, en la que todos, miembros los unos de los otros, deben ayudarse mutuamente según la variedad de los dones que se les haya conferido. Esta solidaridad debe aumentarse siempre hasta aquel día en que llegue su consumación y en que los hombres, salvados por la gracia, como familia amada de Dios y de Cristo hermano, darán a Dios gloria perfecta» (cf. Gaudium et spes, 32).

JUAN PABLO II: Alocución a los obispos de las provincias eclesíásticas de Gniezno, Varsovia y Poznan (Polonia), en visita «ad Limina Apostolorum», 1987. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XX, núm. 4 (1995), domingo 24 de enero de 1988.

La aplicación del criterio del "bien común" en la solidaridad.

«Solidaridad es la "determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común" (núm. 38). En el mismo contexto, he añadido que éste es el modo, es más, el único modo, de vencer, "mediante una actitud diametralmente opuesta", "lo que frena el pleno desarrollo": el "afán de ganancia y la sed de poder" a toda costa (cf. ib.).

»La aplicación del criterio de la solidaridad a la actividad productiva, y particularmente al mundo de la empresa, tiene consecuencias de gran importancia para la solución de los problemas a que antes se refería vuestro portavoz. La primera consecuencia es, como ya he aludido, admitir que existen criterios morales, no solo económicos, en la base de la actividad productiva y que a ellos hay que atenderse por razones de conciencia, y no solo por necesidades legales. La otra consecuencia

"inmediata es que los protagonistas de tal actividad, a la hora de afrontar las decisiones operativas, deben preguntarse y decidir bajo la luz de dichos criterios.

»Entre ellos, con toda seguridad, el primero es el criterio del bien común. En efecto, la norma objetiva de la solidaridad es el bien de "todo hombre y de todos los hombres", considerados en su dignidad de imágenes, más aún, en su dignidad de hijos de Dios.

»Está claro que, desde esta perspectiva, el criterio exclusivo del provecho no es suficiente, sobre todo cuando se erige en criterio absoluto: "ganar" más, para "poseer" más, y no solo cosas tangibles, sino participaciones financieras que permiten nuevas formas de propiedades cada vez más amplias y dominadoras. No estamos diciendo que buscar un beneficio sea algo injusto de por sí. Una empresa no podría renunciar a ello. La búsqueda razonable del beneficio está, por otra parte, en relación con el derecho a las "iniciativa económica", que he defendido en la encíclica poco antes citada (núm. 15) Lo que quiero decir es solo que, para que sea "justo", el provecho debe someterse a criterios morales, en particular, a los criterios relacionados con el principio de solidaridad».

JUAN PABLO II: Discurso a los empresarios y representantes del mundo obrero, en el «Agricenter» de la Feria de Verona, domingo 17 de abril. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XX, núm. 17 (1.008), domingo 24 de abril de 1988.

La solidaridad ante la lucha.

«La solidaridad debe preceder a la lucha. Solo así podrá sobrevivir la humanidad. Solo así podrá sobrevivir y desarrollarse cada nación dentro del marco de la gran familia humana.

»Sí, la solidaridad, por otra parte, purifica la lucha. Nunca la lucha contra el otro; lucha que trata al hombre como adversario y enemigo, y que tiende a su destrucción. Más bien la lucha por el hombre, por sus derechos, por verdadero progreso: lucha por una forma más madura de vida humana. De hecho, la vida humana sobre la tierra se hace "más humana" cuando se gobierna con la verdad, la libertad, la justicia y el amor».

JUAN PABLO II: Discurso a la gente del mar en el muelle de la plaza Kosciuszko, jueves 11 de junio. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XIX, núm. 26 (965), domingo 28 de junio de 1987.

El "amor-solidaridad".

«Este "amor-solidaridad" sobresale en toda la vida y misión terrena del Hijo del hombre en relación, sobre todo, con los que sufren bajo el peso de cualquier tipo de miseria física o moral. En el vértice de su camino estará "la entrega de su propia vida para rescate de muchos" (cf. Mc 10, 45): el sacrificio redentor de la cruz. Pero, a lo largo del camino que lleva a este sacrificio supremo, la vida entera de Jesús es una manifestación multiforme de su solidaridad con el hombre, sintetizada en estas palabras: "El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 45). Era niño como todo niño humano. Trabajó con sus propias manos junto a José de Nazaret, de la misma manera como trabajan los demás hombres (cf. *Laborem Excercens*, 26). Era un hijo de Israel, participaba en la cultura, tradición, esperanza y sufrimiento de su pueblo. Conoció también lo que a menudo acontece en la vida de los hombres llamados a una determinada misión: la incompreensión e incluso la traición de uno de los que El había elegido como sus Apóstoles y continuadores; y probó también por esto un profundo dolor (cf. Jn 13, 21).

»Y cuando se acercó el momento en que debía "dar su vida en rescate por muchos" (Mt 20 28), se ofreció voluntariamente a Sí mismo (cf. Jn 10, 18), consumando así el misterio de su solidaridad en el sacrificio. El gobernador romano, para definirlo ante los acusadores reunidos, no encontró otra palabra fuera de éstas: "Abi tenéis al hombre" (Jn 19, 5).

»Esta palabra de un pagano, desconocedor del misterio, pero no insensible a la fascinación que se desprendía de Jesús incluso en aquel momento, lo dice todo sobre la realidad humana de Cristo: Jesús es el hombre; un hombre verdadero que, semejante a nosotros en todo menos en el pecado, se ha hecho víctima por el pecado y solidario con todos hasta la muerte de cruz».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles 10 de febrero. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XX, núm. 7 (1978), domingo 14 de febrero de 1978.